



| 11/02/2009

Las elecciones en Israel confirman el auge de la extrema-derecha

Las posibles combinaciones de gobierno mirarán al nuevo Wahington

Aunque el Likud (derecha nacionalista laica) ha confirmado una recuperación impresionante y ha pasado de 12 a 27 escaños no ha conseguido superar a Kadima, una escisión del propio partido auspiciada por Ariel Sharon en 2005, que ha retenido sus 28 asientos y ha sido el partido más votado en las elecciones del martes en Israel. Así, Benjamín Netanyahu fue en cierto modo derrotado, sobre todo porque de tener unos diez escaños de ventaja sobre su rival Tzipi Livni, en los primeros sondeos hace dos meses ha pasado a obtener uno o dos menos. Una curiosa victoria-derrota no tan rara en Israel.

A la líder de Kadima, que ganó por poco las primarias en su partido le sucede lo mismo, pero al revés: ha sido la más votada, pero su victoria es eventualmente un éxito-derrota, porque Kadima tiene mucho más difícil que Likud formar la coalición de gobierno. Una coalición es prácticamente obligatoria siempre en Israel, donde la Ley electoral estrictamente proporcional, el distrito electoral único (el país entero) y el bajo mínimo exigido para entrar en el parlamento (dos por ciento) favorecen la variedad y, de hecho, el "tribalismo". En el parlamento saliente hay doce partidos para 120 escaños.

Combinaciones posibles En esas condiciones y con todos los sumandos disponibles, Kadima podría contar a fondo solo con los laboristas, grandes perdedores de la jornada, que bajan a 13 escaños, el Meretz (izquierda pacifista, con 5) que podría sumarse si hay una plataforma política de negociación con los palestinos y hasta con los nueve escaños del voluble Shas (religiosos sefardíes, acomodaticios, con una agenda propia y siempre maleables, que han perdido tres asientos). Contando incluso con los cuatro o cinco escaños de la Torah Unificada (religiosos askenazies menos radicales) no se llegaría a los 61 necesarios. De modo que cuando Livni se proclamó vencedora no mintió, pero tampoco del todo cuando lo hizo Netanyahu, quien, matizando, prefirió esta fórmula: "yo seré el primer ministro".

El auge ultra

Una suma rápida, empero, indica que para la derecha tradicional del Likud son imprescindibles los 16 escaños del ultra Avigdor Lieberman,, laico estricto, anti-árabe declarado y que se ha hecho con una gran base de poder a partir de la comunidad de judíos rusos llegados en los últimos años. Es el defensor de la expulsión de los árabes-israelíes para lograr un Israel sólo judío.

Todo el mundo le ha cortejado, Livni incluida, pero Netanyahu, más abiertamente, dijo que hará de él un ministro de peso en su gobierno. Pero, en el fondo, es un fardo imposible de transportar porque lastra a cualquier gobierno que, sencillamente, desee mantener un mínimo de discurso negociador con los palestinos. El triunfo de Lieberman es la prueba de un inquietante auge ultra del electorado israelí.

Mirando a Washington

Netanyahu más Lieberman, el Shas y otros tres sumandos (Torah Unificada, Hogar Judío y Unión Nacional) hacen una mayoría de 64 escaños... pero un gabinete impresentable. Y eso jugará un papel, incluso en la decisión del presidente Peres, quien debe elegir a quien llama en primer lugar para formar gobierno.

Si se atiene al clásico principio de encargárselo al más votado (Livni) la ministra de Exteriores deberá tirar la toalla casi con seguridad. Y dejar a

"Bibi" Netanyahu que se arruine del todo lidiando con Lieberman... y todo bajo la atenta mirada de Washington, el nuevo Washington de Obama.

¿Gran coalición?

En estas circunstancias es posible que Peres sugiera claramente al trío central (Livni-Netanyahu-Barak) que mire un poco más hacia fuera, constate de nuevo la gravísima pérdida internacional de credibilidad moral y política de Israel por lo de Gaza y atienda al hecho capital de que un tal Obama ha sustituido en la Casa Blanca a un tal Bush. Del discurso de Joseph Biden el sábado en Munich se deduce que Washington ha apostado por el plan de paz saudí ("Iniciativa Árabe") como su programa para Oriente Medio.

No sería extraño que en esas circunstancias, una Gran Coalición de tres surja con una plataforma de seguridad nacional y negociación con los palestinos, tan poco eficaz y sincera como la mantenida hasta ahora y con el objetivo esencial de ganar tiempo.

La ventaja sería que la fórmula permite a los tres desembarazarse del racista Lieberman.

Elena Martí es periodista especializada en política internacional